

El primer número de este año 1999, fin de siglo y vísperas del Tercer Milenio, lo dedicamos a reflexionar sobre “Dios Padre”, como se propuso hace unos años a toda la Iglesia. A ello va a dedicarse la Semana Teológica que venimos celebrando conjuntamente con la Universidad Católica Andrés Bello desde hace unos años. El tema es inabarcable y, como pocos, inefable. Pero hemos querido acercarnos con respeto y amor filiar al Dios de todos y al Padre Nuestro, desde distintas angulaciones. Se intentó comenzar históricamente, con un breve recorrido por la Escritura y la Tradición eclesial de los primeros siglos. A ello respondía la primera jornada, con los trabajos de Wyssenbach y Bruno Renaud. Luego entraríamos en la problemática actual, desde las ciencias humanas tales como la sociología, la psicología y hasta el psicoanálisis. Por diversas circunstancias estos artículos, en su mayor parte de la segunda jornada, no están listos para su publicación a la hora del cierre; pero se presentarán en la Semana y tal vez ulteriormente se publicarán. La tercera jornada abordaría algunos temas pastorales, entre los muchos que la reflexión anterior ha podido ir suscitando. Sin embargo, el orden final no ha resultado tan claro; por lo que dejamos los trabajos en el orden real de presentación, notando las ausencias.

Abre las jornadas un primer trabajo *Pedro Trigo* donde se pregunta “¿*Qué haremos con Dios en el siglo XXI?*”. No lo entiende como la insensata pretensión humana de dominar a Dios, ni siquiera de acercársele; sino como la graciosa posibilidad ofrecida por El al hombre de oírle y responderle. Ante la Revelación eventual (y acontecida) de Dios, el hombre es ante todo “responsable”. Por eso está dotado de una libertad que Dios respeta absolutamente, lo mismo que la autonomía del mundo. Por eso “la salvación, que es de El sólo... requiere de nuestra respuesta, sale de nosotros, es responsabilidad nuestra”. Las posibles respuestas que el autor visualiza para el siglo XXI son: 1) Dejar a Dios de lado (un “vivir sin Dios” válido, pero sin

un “vivir ante Dios” humanizadamente necesario). 2) Religión sin conversión, que se está realizando ya masivamente en la “New Age”, y no sólo en ella; viene a ser la nueva forma de “idolatría”, o Dios a mi medida. 3) Vivir de fe, pasando de un previo fiarse a una confianza fundada en la experiencia de “cuán bueno es el Señor” (Sal 34,9).

Caben otras tres posibilidades de vivir eso mismo socialmente: 4) Organizar espacios socioculturales en nombre de Dios (en cualquier tipo de Iglesia-Poder). 5) Confinar a Dios al ámbito privado (como siempre pretendió el liberalismo). 6) Vivir de fe en comunidades abiertas, incluso interreligiosas. Al fin se pregunta si su apuesta por el sujeto no suena a “exquisitez elitescas”. Responde que no; y que especialmente el pobre que vive su conato agónico por la vida, experimenta esa personalización, en comunicación bidireccional, como la Buena Nueva de Jesús. Por eso añade una “Coda” sobre el encuentro con Dios en el siglo XXI, como lo imagina y espera. Puesto que la fe es histórica y llega por el oído, ¿quién anunciará esa Buena Nueva a los pobres?. Serán los “pobres con Espíritu”, verdadero corazón de la Iglesia, lo reconozca o no. Ello sienten la “pasión de Dios por el hombre”; en su doble sentido de preocupación apasionada, y de sufrimiento solidario porque se logre su plan de filiación-fraternidad, sin excluidos ni verdugos. Esto no es teoría teológica, es ya realidad histórica en la vida de Jesús de Nazaret.. y de todo lo que hay de su Cuerpo en el mundo, por la fuerza de su Espíritu derramado. Esa es la “Internacional de la Vida” por la que apuesta nuestro autor, y que ya está en marcha.

El artículo de *J.P. Wyssenbach* va pasando revista a un conjunto de imágenes de Dios en el AT y NT: Creador y Libertador, Legislador y sobre todo Padre/Madre. Este es el nombre preferido por Jesús, mantenido en su forma aramea por el NT: ‘Abba’ (Mc 14,36; Gál 4,6; Rm 8,15). El es el único que debe llevar ese título, así nos enseña a invocarlo en la oración, subrayando bien que es “Padre nuestro”, ya que todos nosotros, desde ese Padre común, somos hermanos. Esa es la cuestión que preocupa al autor, y que se vuelve pregunta en el título “*¿Qué significa Padre nuestro cuando no vivimos como hermanos?*”. Sin una fraternidad vivida, es ilusión o engaño esa Paternidad proclamada.

Por su lado *Elda Ramírez* nos presenta unas “*reflexiones sobre la revelación de Dios en la mujer*” que parten de la creación de la mujer (no sólo del varón) a imagen y semejanza de Dios, para mostrar rasgos de Dios que se revelan en la forma humana de ser que es la mujer, como sería el que “cuando

se vive para el otro, la libertad personal está limitada”. Lo femenino de Dios -por hablar así- se muestra sobre todo en María de Nazaret. Si ni en la creación de Eva ni en la encarnación del Verbo interviene el varón, es que Dios nos comunica “que sólo El es el dador de vida y es la mujer la mediación más perfecta... para recrear y multiplicar la vida. Y en María junto a la Cruz Dios manifiesta su sufrimiento por este Hijo. “Podríamos decir que Dios... sangra por su Hijo en el Corazón de María”. Finalmente señala algunos rasgos maternos (femeninos) de Jesús, sobre todo en base al evangelio del Discípulo Amado (Jn 7,37s; 16,21;19,34).

Si el tema de la complementariedad “femenina” de la imagen paterna de Dios cabe bien ahí, se pensaba en principio como una de las reflexiones pastorales, por los motivos que las ciencias humanas mismas parecían apuntar. Pero ciertamente tocaba en este momento de reflexión histórica el trabajo de *Bruno Renaud* sobre “*Dios Padre Todopoderoso en los primeros siglos de la Iglesia*”, del que no disponemos ahora. Ni tampoco están listos los escritos del psicólogo *Alejandro Moreno* sobre el punto “*Dios Padre desde la psicología*”; ni el del psicoanalista *Fernando Rísquez* sobre “*El arquetipo “Pater”*” que conformaban originalmente la segunda jornada.

Junto a ellos está el de *Mikel de Viana* que se titula “*Los dioses de carne y el Padre de Jesús*”. Comienza afirmando provocadoramente que “nuestros primeros dioses son nuestros padres”; y lo muestra, presentando el proceso de formación de la persona, desde el estadio más infantil hasta la adolescencia. La función paterna es necesaria para que se logre la personalidad autónoma, libre y abierta a su propio futuro. Al encarnar la justicia, el padre sublimado es también imagen de Dios, admirado y temido a la vez. Pero “la experiencia de la gracia y de la misericordia inmerecida... pone en crisis todas nuestras concepciones de la justicia”.

Para revelarnos el verdadero rostro del Dios-totalmente-otro, Jesús va estableciendo una distancia simbólica respecto a sus figuras paternas, sobre todo creando un nuevo tipo de familia (Mc 3,31ss). Y eso mismo les exige a sus discípulos. En definitiva Jesús deja al Padre ser quien es, deja a Dios ser Dios plenamente; no hace de Dios la proyección de los deseos infantiles.

Frente a esto, el autor propone un discernimiento cristiano sobre experiencias religiosas que se dan sobre todo en las formas religiosas de la “Nueva Era”, pero que “no son del todo ajenas al proceso de maduración de la fe de los creyente cristianos”. Se trata del “dios-igual” a uno mismo; el dios

de la fusión maternal, de la omnipotencia paterna, de la plenitud falsificada; o el dios de la disolución panteísta en vez del Dios del encuentro amoroso. Toda experiencia mística auténtica, lejos de llevar a fusión identificante, hace más consciente al hombre del abismo que lo separa de Dios, al experimentar su limitación y debilidad, su ignorancia y su pecado. El hombre se siente “más agudamente consciente de su necesidad de Sustento-fundamento y de Misericordia-perdón”. Por eso cabe decir que esa fusión que pretende la nueva religiosidad, no es verdadero encuentro con Dios, sino “la construcción ilusoria de un dios autocomplaciente”, un dios mamá-alcahueta de nuestros narcisismos y cobardías demasiado humanos.

Abriendo la sección pastoral, nuestro hermano *Carlos Bazarra* nos vuelve a recordar el dicho evangélico de Mt 23,9: “*No se dejen llamar ‘padre’*”. Sólo Dios, y nada menos que Dios, es nuestro Padre; por lo que “todos nosotros somos hermanos”. El hombre no es nunca “divino”, ni hay autoridades “sagradas” por encima de los demás cristianos, sino a su servicio. Aunque la frase sea mateana, “estamos en el genuino espíritu del mensaje evangélico”, que quiere borrar todo título honorífico; porque el riesgo de tomarlo por real y actuar en consecuencia es demasiado obvio. El riesgo mayor se ha dado en el papado, hasta llegar a verdaderas “papolatrías” teológicas y populares. El ejemplo del papa Gregorio Magno - que no se dejó llamar “obispo universal” - no ha sido seguido por casi nadie. Ninguno debe olvidar su “condición humana”, creatural, ni la fraternidad evangélica, único camino real de vivir la filiación divina (1 Jn 4,20). Anota que “una iglesia clericalizada y masculina sigue sin creer a las mujeres”, y de ello habrá que pedir perdón. “Si en el fondo de mi conciencia yo no me considero hermano, sino en un nivel superior, estoy en una actitud antievangélica”. Así de elemental y franciscanamente evangélico.

Finalmente *Pedro Trigo*, tomando el título de una frase de Jesús resucitado, “*Mi Padre, que es el Padre de ustedes, mi Dios, que es su Dios*” (Jn 20,17), nos habla del “deslinde impostergable” e imprescindible que debemos hacer entre la imagen de un Dios-Patriarca de los patriarcas y el Padre de Jesús, que es Padre Nuestro. Si el patriarcalismo ha dominado las culturas por siglos, sin que quepa exceptuar -sino muy al contrario- las iglesias cristianas, hoy debemos cambiar ese signo. No sólo por la crisis actual del mismo y el cambio de paradigma. Para superar esa “deformación patriarcal” nos propone tres principios que llama: encarnación, analogía y narración. Termina explicando apretadamente la revelación que nos hace Jesús de Dios

se vive para el otro, la libertad personal está limitada”. Lo femenino de Dios -por hablar así- se muestra sobre todo en María de Nazaret. Si ni en la creación de Eva ni en la encarnación del Verbo interviene el varón, es que Dios nos comunica “que sólo El es el dador de vida y es la mujer la mediación más perfecta... para recrear y multiplicar la vida. Y en María junto a la Cruz Dios manifiesta su sufrimiento por este Hijo. “Podríamos decir que Dios... sangra por su Hijo en el Corazón de María”. Finalmente señala algunos rasgos maternos (femeninos) de Jesús, sobre todo en base al evangelio del Discípulo Amado (Jn 7,37s; 16,21;19,34).

Si el tema de la complementariedad “femenina” de la imagen paterna de Dios cabe bien ahí, se pensaba en principio como una de las reflexiones pastorales, por los motivos que las ciencias humanas mismas parecían apuntar. Pero ciertamente tocaba en este momento de reflexión histórica el trabajo de *Bruno Renaud* sobre “*Dios Padre Todopoderoso en los primeros siglos de la Iglesia*”, del que no disponemos ahora. Ni tampoco están listos los escritos del psicólogo *Alejandro Moreno* sobre el punto “*Dios Padre desde la psicología*”; ni el del psicoanalista *Fernando Rísquez* sobre “*El arquetipo “Pater”*” que conformaban originalmente la segunda jornada.

Junto a ellos está el de *Mikel de Viana* que se titula “*Los dioses de carne y el Padre de Jesús*”. Comienza afirmando provocadoramente que “nuestros primeros dioses son nuestros padres”; y lo muestra, presentando el proceso de formación de la persona, desde el estadio más infantil hasta la adolescencia. La función paterna es necesaria para que se logre la personalidad autónoma, libre y abierta a su propio futuro. Al encarnar la justicia, el padre sublimado es también imagen de Dios, admirado y temido a la vez. Pero “la experiencia de la gracia y de la misericordia inmerecida... pone en crisis todas nuestras concepciones de la justicia”.

Para revelarnos el verdadero rostro del Dios-totalmente-otro, Jesús va estableciendo una distancia simbólica respecto a sus figuras paternas, sobre todo creando un nuevo tipo de familia (Mc 3,31ss). Y eso mismo les exige a sus discípulos. En definitiva Jesús deja al Padre ser quien es, deja a Dios ser Dios plenamente; no hace de Dios la proyección de los deseos infantiles.

Frente a esto, el autor propone un discernimiento cristiano sobre experiencias religiosas que se dan sobre todo en las formas religiosas de la “Nueva Era”, pero que “no son del todo ajenas al proceso de maduración de la fe de los creyente cristianos”. Se trata del “dios-igual” a uno mismo; el dios

de la fusión maternal, de la omnipotencia paterna, de la plenitud falsificada; o el dios de la disolución pantefista en vez del Dios del encuentro amoroso. Toda experiencia mística auténtica, lejos de llevar a fusión identificante, hace más consciente al hombre del abismo que lo separa de Dios, al experimentar su limitación y debilidad, su ignorancia y su pecado. El hombre se siente “más agudamente consciente de su necesidad de Sustento-fundamento y de Misericordia-perdón”. Por eso cabe decir que esa fusión que pretende la nueva religiosidad, no es verdadero encuentro con Dios, sino “la construcción ilusoria de un dios autocomplaciente”, un dios mamá-alcahueta de nuestros narcisismos y cobardías demasiado humanos.

Abriendo la sección pastoral, nuestro hermano *Carlos Bazarra* nos vuelve a recordar el dicho evangélico de Mt 23,9: “*No se dejen llamar ‘padre’*”. Sólo Dios, y nada menos que Dios, es nuestro Padre; por lo que “todos nosotros somos hermanos”. El hombre no es nunca “divino”, ni hay autoridades “sagradas” por encima de los demás cristianos, sino a su servicio. Aunque la frase sea mateana, “estamos en el genuino espíritu del mensaje evangélico”, que quiere borrar todo título honorífico; porque el riesgo de tomarlo por real y actuar en consecuencia es demasiado obvio. El riesgo mayor se ha dado en el papado, hasta llegar a verdaderas “papolatrías” teológicas y populares. El ejemplo del papa Gregorio Magno - que no se dejó llamar “obispo universal” - no ha sido seguido por casi nadie. Ninguno debe olvidar su “condición humana”, creatural, ni la fraternidad evangélica, único camino real de vivir la filiación divina (1 Jn 4,20). Anota que “una iglesia clericalizada y masculina sigue sin creer a las mujeres”, y de ello habrá que pedir perdón. “Si en el fondo de mi conciencia yo no me considero hermano, sino en un nivel superior, estoy en una actitud antievangélica”. Así de elemental y franciscanamente evangélico.

Finalmente *Pedro Trigo*, tomando el título de una frase de Jesús resucitado, “*Mi Padre, que es el Padre de ustedes, mi Dios, que es su Dios*” (Jn 20,17), nos habla del “deslinde impostergable” e imprescindible que debemos hacer entre la imagen de un Dios-Patriarca de los patriarcas y el Padre de Jesús, que es Padre Nuestro. Si el patriarcalismo ha dominado las culturas por siglos, sin que quepa exceptuar -sino muy al contrario- las iglesias cristianas, hoy debemos cambiar ese signo. No sólo por la crisis actual del mismo y el cambio de paradigma. Para superar esa “deformación patriarcal” nos propone tres principios que llama: encarnación, analogía y narración. Termina explicando apretadamente la revelación que nos hace Jesús de Dios

como Padre, en el marco de judaísmo de su época. Ese Padre suyo sigue siendo su Dios; y él se ha consumado como Hijo suyo al consumarse como Hermano nuestro. Y Dios Padre quiere que nosotros seamos así de humanos como fue Jesús. Tarea humanamente imposible, pero posibilitada por el don de su Espíritu. “En Jesús se nos revela que hacer como nuestro Padre del cielo es obrar de un modo plenamente humano, pero tan humano como sólo los hijos de Dios pueden serlo. Así pues, en Jesús se nos revela que Dios es el paradigma de la humanidad”; y eso es seguir a Jesús, o proseguir su obra, por el Espíritu que ha derramado sobre todo hombre, lo sepa o no lo sepa, pues obra desde lo más íntimo nuestro, desde lo que nos hace enteramente humanos como Dios nos soñó y espera.

Como señalamos antes, algunos de los trabajos para la Semana no están listos a la hora de la publicación. En cambio, en el número anterior, por razones de espacio, dejamos de publicar este escrito de *Jesús Genaro Pérez*, quien como buen carmelita se preocupa por un tema que es prioritario para todos: que los evangelizadores seamos hombres de oración y capaces de ser mistagogos en ella para otros. Estaba pensado para el Concilio Plenario, y sigue siendo importantísimo que se tenga en cuenta; y más para un auténtico encuentro con el verdadero rostro de Dios Padre, y no con las ilusiones de nuestra autocomplacencia, tales como las que propicia la religiosidad de la “Nueva Era”.

*Eduardo Frades Gaspar, CMF*

## **PUBLICACIONES DEL ITER**

- AA.VV., *Evangelizar hoy a Venezuela*, Caracas 1985, pp. 158.
- AA.VV., *Experiencia religiosa en el joven venezolano*, Caracas 1985, pp. 212.
- NAVARRETE Urbano - URRUTIA Francisco Javier, *Nuevo Derecho Canónico. Presentación y Comentario*, Caracas 1987, pp. 320.
- AA.VV., *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio. A los 20 años del Vaticano II*, Caracas 1987, pp. 446.
- PASTORE Corrado, *Bibliografía teológico-pastoral de Venezuela 1965-1986*. Separata de *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio*, Caracas 1987, pp. 156.
- AYESTARAN José C., *Qué es el ITER. Una reseña histórica*. Caracas 1987, pp. 48.
- AA.VV., *La inculturación del evangelio*, Caracas 1988, pp. 166.
- AA.VV., *Los Laicos en la Iglesia y en el Mundo*, Caracas 1989, pp. 145.
- AA.VV., *Doctrina social de la Iglesia y promoción humana hoy*, Caracas 1991, pp. 184.
- PERON J.P., *ITER 1979-1995. Reseña histórica y Organización Académica*, Caracas 1995, pp. 208.

### **INSTITUTO DE TEOLOGIA PARA RELIGIOSOS**

Urb. Altamira, 6ª Transv. (entre 3ª y 4ª Av.)  
Telf.: 02 - 261.85.84, Caracas 1062-A (Venezuela)